

## Danza eterna

Mariana Lizeth Duque Lara\*

Sus movimientos eran dulces y elegantes. Cada levantamiento, cada mirada, cada respiración. Parecía todo delicadamente articulado para atraer nuestras miradas. Hermosa, como solo ella debía de ser. Aquella mañana inusual el cielo parecía desdibujado con gis, un mar gris sobre nosotros y el frío sin viento digno del invierno, pero en verano. Las personas parecíamos máquinas. Caminábamos con pasos contabilizados previamente dirigidos a un destino indeseado. Se dice de la realidad que es relativa y que cada individuo puede interpretarla de la manera en la que mejor le plazca. Sin embargo, nosotros nacimos en la época en la que el pensamiento fue aniquilado y mientras pequeños robots caminaban sobre angostas calles sepia, todos sentíamos que el lugar a donde íbamos era un lugar en el que nadie desearía estar.

Entonces, entre la multitud, en medio de la parsimonia general, ella apareció. Se regodeaba con su danza sin música bailando con todos y con la respuesta de nadie. Salto, paso, desliz, palmada y su mirada. Llevaba un vestido rojo que destacaba de las tonalidades opacas de nuestro mundo. Zapatillas y guantes negros a conjunto, con una melena del mismo color que caía sobre sus caderas angostas. Tenía puesto un sombrero, a juego con su ropa, decorado con rosas de todos los colores en la solapa, y mientras daba brinquitos y volteretas, dejaba pétalos en el camino como evidenciando su presencia.

Taconazo, luego palmada y con la mirada al frente sentí sus ojos fijos en los míos. Me había quedado hipnotizado desde que apareció y hasta que no sentí la evidencia de que su presencia tenía argumento con la mía, no pude percatarme de que me había quedado fijo en el sitio donde estaba parado, mientras las personas de mi mundo caminaban a nuestro alrededor, evitándonos. Parecía como si ella

\* **Estudiante de Licenciatura en Letras Hispánicas en el Centro de las Artes y la Cultura, Universidad Autónoma de Aguascalientes.**

Sentí el corazón  
pesado cuando  
pensé que en  
algún momento  
debía volver a mi  
mundo típico y  
mientras la alegría  
se desvanecía,  
los colores se  
difuminaban y  
sentía la misma  
carencia de  
emociones que me  
alimentó toda mi  
vida.

y yo no existiésemos. Claramente habíamos abandonado esa dimensión y convertimos el tiempo en nuestra creación. Ojos negros, pestañas largas y piel pálida como la porcelana. Su cara parecía la de una muñeca meticulosamente fabricada; labios gruesos color rojo sangre, la nariz delgada y fina, y mejillas rosadas en una cara con forma redonda.

Se acercó a mí sin detener su baile y con movimientos lentos acercó su mano a mi rostro y acarició desde mi cuello hasta mi barbilla. Brazo derecho horizontal y mano izquierda al aire. Castañuelas en la izquierda y al primer sonido que evocaron comencé a escuchar la música que danzaba. El mundo se convirtió en colores fuertes y olores cálidos pero mi cuerpo era aún blanco y negro.

Dio tres vueltas y su vestido pareció más seductor, de pronto, con una abertura en la ubicación de su pierna derecha a la altura del muslo, un solo tirante sobre su cuello y, sin hablar, decía más de lo que yo jamás comuniqué en toda mi vida. Estábamos dentro de un quiosco decorado con cortinas de colores como rosa mexicano y amarillo mostaza, con lámparas en nuestras cabezas que la volvían multicolor. Sentí el corazón pesado cuando pensé que en algún momento debía volver a mi mundo típico y mientras la alegría se desvanecía, los colores se difuminaban y sentía la misma carencia de emociones que me alimentó toda mi vida. Miré a la mujer que bailaba al parecer para mí y noté que su expresión se convertía en desesperación en lugar de gozo.

La música se detuvo y ella cayó amarrada a mi cuello, mirándome. Al verla tan de cerca comprendí que nunca había estado al margen de tanta belleza y por primera vez en mi vida deseé sonreír aunque no sabía cómo. Música de tambor, con el ritmo de los latidos de mi corazón, se generó en el ambiente, las luces se volvieron todas rosadas y la mujer se levantó sobre sus plantas.

Me acarició el cabello de la nuca, tomó mi mano entre sus dedos, helados a pesar de llevar guantes, y comenzó a mover sus pies con movimientos lentos, llevándome adelante y atrás. Surgió el ritmo de vals y la música de tambores cesó para convertirse en notas suaves. Se apretó contra mi cuerpo y yo quedé sin aliento. "Quédate" escuchaba en mi cabeza, puso su mano en mi mejilla y aproximó su rostro contra el mío. Entonces vi su rostro y la sorpresa fue

tal que caí de espaldas por la impresión. No había ni piel ni músculo en su cara. Nada además de un rostro de hueso disfrazado elegantemente frente a mí.

El mundo se volvió de colores fuertes y olores cálidos.